

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 67.

Alicante 2 de Marzo de 1872.

Año III.

LA ORACION

filosófica y religiosamente considerada.

VIII.

CULTO EXTERNO.

Decíamos en el artículo anterior que este culto se halla explícitamente sancionado por Dios; y después del elocuente ejemplo de la Magdalena, que es uno de los más relevantes testimonios de esta verdad, tenemos á cada paso en el antiguo como en el nuevo Testamento datos que comprueban esto mismo.

Cuando Jesucristo, contestando á sus discípulos que le preguntaban como habían de orar, les dijo: *orareis de esta manera: Padre nuestro, que estais en los cielos*, etc. (S. Mateo 6.) no fué su intención que quedara esta oración encerrada en los corazones, ni así lo comprendieron sus discípulos; por el contrario, abriéronse millares de bocas repitiendo aquellas divinas palabras, y hoy mismo es imposible que se cierre una sola, y que no repita aquella oración con la confianza y el gozo de poseer en ella el se-

creto de su grandeza moral y de su felicidad.

Los primeros cristianos, al aprender aquella divina plegaria, recibirla como un don bajado del Cielo y colocarla en su corazón, como lugar en donde se anida el amor, no pudieron pensar en que había de quedar allí sin dar frutos al exterior: mas todavía, aunque lo hubieran pensado, no podía suceder, porque ningún sentimiento que abriga el corazón humano es fecundo sino por cuanto se muestra al exterior. Ningún sentimiento muere allí; todos trascienden fuera del hombre. ¿Cómo, pues, había de quedar la oración aprendida del divino Maestro encerrada en el corazón, sin dar de sí frutos ostensibles? Ni pudo ser, ni fue así. Los fieles de aquella edad, como los de todos tiempos, han llevado siempre en sus labios la oración misma que guardaba su corazón, y de esta manera ha revestido las dos formas con que debe aparecer en consonancia con la naturaleza del hombre, es decir, la forma puramente espiritual y la forma corpórea.

Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás, leemos en S. Ma-

teo, capítulo 4. Estas palabras dirigidas al hombre, han de ser obedidas por éste como tal, esto es, considerándose su ser completo, no fraccionado. ¿Puede entender alguien que aquí se exige solo la adoracion y el servicio á Dios en el interior, sin participacion de sus funciones corpóreas? Entonces ya no es el hombre quien sirve y adora á Dios, sino la mitad del hombre. ¿Se quiere que le sirva en su integridad completa? es menester que lo haga con alma y cuerpo, en cuyo caso ya tenemos el culto interior unido al externo.

La adoracion es interior, cuando se verifica en nuestra alma sin manifestacion alguna: mas el hombre no se ve nunca contraido á este culto puramente interno, porque siempre lo expresa por signos análogos á sus sentimientos. Tal es el instinto de su naturaleza: conoce, comprende que debe adorar á su Criador en cuerpo y alma para rendirle el homenaje de todas sus facultades, aunque nunca se hallen unos mismos signos consagrados exclusivamente á este culto especial llamado de *latría*. Asi es que los hebreos se inclinaban como señal exterior de adoracion. Abraham se levantó y adoró al Señor. (Gen. 24.) Tambien reinaba la costumbre de llevar la mano á la boca, segun indica esta expresion de Job: *Si apliqué mi mano á la boca mirando al sol cuando brillante nacia, ó la luna en su mayor claridad.* (Job. 31.) esto es, en señal de res-

peto y veneracion al Criador del universo.

Vemos en el libro tercero de los Reyes, capítulo 19, que el Señor dice: *Yo me reservaré en Israel siete mil varones que nunca doblaron su rodilla ante Baal, ninguno de los cuales ha besado su propia mano en señal de adorarle.....* Luego el doblar la rodilla y besar la mano eran signos exteriores de adoracion.

Los griegos se inclinaban profundamente, besaban la tierra prosternándose, y aplicaban la mano á la boca segun la costumbre de los hebreos, pero tambien empleaban la genuflexion: *Que al nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, y en la tierra, y en el infierno.* (Ad Philip. 2.)

Conocidas son de todos por la historia las ceremonias exteriores y sacrificios de la antigua ley. A cada paso encontramos multitud de ejemplos. En el templo y fuera de él se manifestaba siempre el amor y respeto al verdadero Dios por medio de actos sensibles y solemnes; y tan frecuentes eran estos y tan repetidos, que pudiera casi afirmarse, que entre aquellas gentes no existia mas que el culto exterior. No comprendian ellos que de otro modo se pudiese honrar mejor á la Divinidad, porque en estos actos exteriores veian la expresion viva de los sentimientos del alma, y la forma mas adecuada para expresarlos con la solemnidad que exigia el entusiasmo que los inspiraba. ¿Qué hacian los hebreos al

rededor del arca, objeto el mas grande y venerando para ellos? ¿Se abismaban acaso en profundas y silenciosas meditaciones? De ningun modo; antes bien entonaban himnos y cánticos alegres y expresivos, demostracion patente é inequívoca del sentimiento que rebo-saba en sus corazones. La poesía lírica se ha alimentado de las inspiraciones de estos acontecimientos muchas veces, y hasta puede decirse que quizá no tuvo otro móvil en los tiempos á que nos referimos.

Entre los romanos se hallan estos mismos signos exteriores, de que se hacia uso no solo para la Divinidad, sino tambien para los hombres. Llenas están sus historias de los variados ritos y ceremonias que se practicaban, que constituian el culto exterior de aquella época. Los cristianos no creyendo que debian negar á Dios este culto, cuando menos se reunian en los sitios retirados y escondidos, y en comun rezaban en alta voz y elevaban sus preces al cielo. Nunca creyeron cumplir con la ley divina orando solamente en su interior.

Despues durante la vida de Jesucristo, vemos que continuamente sanciona con sus actos ó con su proceder el culto que exteriormente se debe prestar á Dios. Acude al templo á orar con el pueblo, y arroja de él á los que le profanan con actos indignos de aquel lugar sagrado; lo cual bien á las claras da á entender, que debia honrarse con actos propios del sitio en que se es-

taba y de Dios á quien se dirigian. Predica el cumplimiento de la ley en el sábado, ó su santificacion con actos propios del dia, y él es el primero en santificarle y en dar ejemplo público de ello. Antes se habia sometido á la ley de la circuncision, y quiso que su santa Madre se sujetase á la ley de la purificacion. Mas adelante ayuna cuarenta dias, ora postrado en el suelo, y de esta manera nos enseña con su ejemplo estas prácticas religiosas, tan significativas para orar á Dios como útiles para purificarnos. Todos los hechos de su vida pública y privada forman una cadena de actos piadosos y religiosos, que constituyen la oracion exterior. ¿Qué mas se quiere? ¿qué mas se puede buscar en su vida, que venga á justificar tan cumplidamente la necesidad y la santidad del culto externo? Si no tuviéramos mas libro ni mas prueba que la vida de Jesucristo, valdria por todo libro y por toda prueba.

No podemos, pues, ni debemos limitarnos á la práctica de la oracion interior, sino unirla tambien á la exterior, visto lo que el hombre tal cual está constituido debe á su Criador, y lo que Dios mismo nos ha enseñado en la antigua y en la nueva ley.

Pero aunque quisiéramos entregarnos exclusivamente á la oracion interior, no podríamos conseguirlo, porque no siempre nos hallamos en disposicion de practicar y sentir la oracion en su espiritualidad pura.

Los sentidos, demasiado turbulentos é indisciplinados, nos distraen de ella. Por eso es menester emplearlos en ella, diremos siguiendo la doctrina de un sabio filósofo, y hacerlos participar de ella por medio de la oracion oral. Es necesario sujetarse á ella con una noble sencillez y escrupulosa fidelidad. Es preciso, no tan solamente articular las palabras, sino arrodillarse, tomar agua bendita, persignarse, darse golpes de pecho, etc. Por esa piadosa gimnasia, si así es permitido expresarnos, los sentidos serán para el alma como el despliegue de unas alas, que la harán dejar la tierra, hasta que por sí misma se cierna en las alturas de la espiritualidad, á donde será conducida por la misma reaccion del movimiento que habrá recibido de ellos.

¿Quién no ha advertido alguna ó muchas veces la grande influencia que ejercen en nuestra alma los actos exteriores, en virtud de los cuales se eleva como por grados á las regiones celestiales? Las ceremonias y prácticas exteriores avivan nuestra atencion é impiden por consecuencia las distracciones, tan frecuentes en las ocupaciones mentales y piadosas, por la misma naturaleza de ellas, y por la gran movilidad y sucesion de nuestros pensamientos. Los cánticos, sobre todo, interesan á nuestro corazon, entusiasman nuestro espíritu y lo elevan como sacándolo fuera de sí, y trasportándolo á esferas y situaciones, en donde se distinguen y con-

templan á buena luz las verdades morales y religiosas. ¡Qué dulces, suaves y arrebatadores sentimientos despiertan en nuestra alma esas armonías concertadas, con que se expresan nuestras alabanzas á Dios en las grandes solemnidades de nuestros templos! ¿Qué hay comparable á la grandeza, á la soberana magnificencia de estos cultos, y á la divina fragancia que por do quiera derraman? ¿Quién hay que no se vea gratamente sorprendido, y dulce y santamente arrebatado por uno de estos religiosos espectáculos? Al que no conociera nuestra religion, bastaría para interesarse en su favor, como á muchos ha interesado y herido en el corazon, la presencia de una de esas funciones solemnes y brillantes, con que se rinde culto público á Dios en nuestros templos.

Por esto, además de la oracion doméstica, para la que en nuestro propio aposento nos erigimos un altar, no debe olvidarse *la casa de la oracion*, nuestras iglesias católicas, bien sea en el ejercicio colectivo de la oracion, bien en la soledad que la sucede, y que es tan favorable, ó á la piedad profunda que se recoge allí en una adoracion solitaria, ó á la languidez de una fe convaleciente, que acude allí á respirar mas libremente las auras vivificadoras del espíritu de Dios.

¿Cómo no nos hemos de sentir penetrados de ese santo espíritu desde que pisamos el umbral ó cancel de la iglesia, y cómo no ha de

aumentarse mas y mas á medida que avanzamos por las naves, por debajo de las bóvedas, á lo largo de las columnas barnizadas en cierto modo por la oracion, y cuyas piedras parece que se desprenden ó se doblegan á fuerza de oracion? ¿Cómo no nos hemos de sentir atraídos hácia esas alturas santificadas, hácia esos santuarios misteriosos, cuyo silencio y oscuridad hacen callar en nosotros el bullicio del mundo y disipan sus ilusiones?

No nos neguemos á esas santas impresiones; vayamos á buscarlas con frecuencia; vayamos á bañar nuestra alma como en una esencia divina, con la que se sentirá renacer. Recojamos todas las inspiraciones que allí reciba nuestra alma, obedezcámoslas, y dejemos conducir sin resistencia nuestros corazones y nuestras rodillas á la oracion. Oremos en union con la fé de las antiguas edades, en union de cuanto hay mejor sobre la tierra, en union con el Cielo!

Saquemos, sobre todo, de esas santas visitas resoluciones generosas de reivindicacion de nosotros mismos, de emanciparnos de nuestras pasiones, y de recurrir á la gracia de Dios en las sagradas fuentes en donde se distribuye. Guardémonos de la hipocresía quizá mas que de la incredulidad; esta al menos se pone en evidencia, la otra engaña. Lleguemos hasta el fin; seamos lógicos y prácticos, como lo quieren la razon y la fé, como lo exige la verdad, que debe

ser nuestra norma en todo, y especialmente en cuanto respeta al órden moral y religioso.

A este fin practiquemos la oracion articulada, y acostumbremos á ella nuestros labios. Adóptense con preferencia las oraciones de la Iglesia; nadie tiene la mision de componer oraciones. Solo el Espíritu Santo en la Iglesia, en los santos, en nosotros mismos, es el que inspira la oracion; ora Él mismo. Las oraciones de la Iglesia y las trazadas en los catecismos para los diferentes actos de la vida, se recomiendan por su exactitud doctrinal. Los salmos, sobre todo, y particularmente en el texto latino, son admirables; son la oracion en todos sus acentos, y sus impulsos los mas propios para las necesidades del alma y los atributos de Dios. Un versículo, una palabra de esos cantos inspirados, hace sobre el alma el efecto de esos dulces sonidos que vibraba el arpa real, de donde tomaron su crígen y su vuelo, y hacen resonar en nosotros todas las cuerdas de la naturaleza y de la gracia con una armonía maravillosa.

Las diversas oraciones de la Iglesia propias de cada uno de los sacramentos que santifican la vida humana son inimitables. La majestad, la profundidad, la suavidad, la fuerza, la elevacion y la precision, no menos que la amplitud de esas oraciones, son incomparables. Serian una obra magistral y admirable, si no fuese divina. Y lo que

obliga á ver en ellas este último carácter, es que nadie puede reivindicar su creacion. Es la obra de la Iglesia por diversos órganos, que se han confundido allí en un soplo único y superior. La divinidad de la religion podria establecerse con esa sola prueba.

Mas para apreciarlas bien, es necesario leerlas en las diversas solemnidades á que se refieren. Entonces recibe el espíritu de esas solemnidades, de las ceremonias, de los cánticos, del simbolismo de todo el culto, un valor que ellas mismas le prestan. ¡Qué tierna sublimidad, qué belleza tan profunda ofrecen nuestras pompas católicas á un alma inteligente, cuyo gusto no ha sido pervertido por la insipidez y á veces estupidez de las fiestas mundanas!

De esta manera vamos comprendiendo la grandeza, aparte de la necesidad, del culto externo; cuya grandeza adquiere mayores proporciones á medida que se estudia y se penetra, y se le añaden otras magnificencias que lo realzan y desenvuelven, como seguiremos observando.

M. S.

Insertamos con el mayor gusto la Pastoral que, con motivo del santo tiempo de cuaresma, dirige á sus diocesanos nuestro amantísimo Prelado.

*A nuestro venerable Dean y Cabildo,
respetable Clero y amados diocesa-*

*nos, salud y bendicion en nuestro
Señor J. C.*

Si el hombre conociera mejor el fin para que fué criado, si meditase con reflexion y mayor frecuencia el destino que le señala en esta vida la sabia providencia del Señor, si estudiase con asidua aplicacion sus deberes y la importancia que estos comprenden, apercibiéndose de las amonestaciones y avisos, de las advertencias y consejos, de los castigos y penas que la experiencia le ofrece y que la historia de la humanidad pone con los mas vivos colores ante sus ojos cubiertos por lo comun con una túpida venda, si se aprovechase, en fin, y sacase fruto de las lecciones y escarmientos que diariamente se le presentan y en los que apenas fija su distraida atencion, ciertamente que encontraría poderosos motivos para reflejar sobre sí mismo y comprender sus indeclinables é importantes obligaciones, que le sería facil llenar de una manera cumplida y provechosa.

Pero el hombre desgraciadamente no se ocupa por lo comun de estas saludables consideraciones, se persuade engañosamente que su fin no es otro que gozar de lo presente, que la vida es un periodo de tiempo en el que solamente hay que atender á los instintos de su viciada naturaleza y olvidándose neciamente de su corrupcion y flaqueza, cree que puede y tiene medios para satisfacer sus necesidades y seguir sin freno el impulso de sus desordenadas pasiones. Esto es lo que tristemente nos enseña una dolorosa experiencia, y á esta deplorable situacion se llega cuando se desconoce lo que el mismo Dios gravó en nuestros corazones y nos enseña todos los dias su palabra

divina. Dolorosa experiencia, cuyo estudio podrá bien contribuir para alcanzar la dicha y la felicidad que nos arrebató nuestro propio descuido, y que podríamos remediar por nuestras propias fuerzas ayudadas de los auxilios del Señor, que jamás los niega á los que le buscan por los medios que su sabiduría y su misericordia le han trazado.

De aquí nace forzosamente la necesidad imperiosa de la enseñanza constante, de una escuela práctica indispensable al corazón del hombre, que se forma, se nutre y vivifica al calor de las verdades inmutables. De aquí también la necesidad de la enseñanza que recibimos de nuestros padres, de nuestros maestros y mayores, por la que se forman y educan las generaciones que trasmite de unas á otras todo cuanto es conducente en el orden moral, al que estamos y debemos vivir sujetos. Y por lo mismo la Iglesia Santa como madre solícita y maestra de la fé recomienda sin cesar la predicación y enseñanza que al hombre informa, señalando dentro del año un periodo especial con este laudable objeto, que es el de la cuaresma.

Acabamos de entrar en él, amados nuestros; hemos venido, siguiendo el curso de las enseñanzas y misterios que la Santa Iglesia nos propone durante el año, á los días de cuaresma en que ya por medio de la predicación de sus ministros, ya por sus oraciones y plegarias, ya por sus ritos y ceremonias y ya por el lúgubre aparato de que se reviste en ellos nos dá á entender son días de regeneración y de salud, que son días de purificación y de gracia, para que despojándonos del hombre antiguo hijo de tinieblas y vistiéndo-

nos del hombre nuevo hijo de la luz, podamos seguir al Señor convirtiendo á él nuestros corazones, y llevando con nosotros y con nuestras obras la práctica provechosa de sus santos mandatos.

Pero esta conversión no puede hacerse sino por medio de la mortificación y penitencia. Para convertir nuestros corazones á Dios no somos llamados por el camino de las delicias y de los goces, sino por los senderos de las asperezas y privaciones; no por las comodidades y el regalo, sino por la ceniza y el ayuno; no por el camino del bullicio y de los festines, sino por el camino de la soledad y del desierto, en el que nuestra consideración religiosa encontrará el tipo más acabado y perfecto el modelo más exacto y edificante, el ejemplar más claro y luminoso, al mismo Dios, en fin, que vestido de nuestra carne, sujetándose á las condiciones de nuestra flaca naturaleza, nos enseña y propone el único camino para buscarle y convertirnos á él. Por eso hemos dicho que esta conversión no puede hacerse sino por medio de la mortificación y penitencia, porque no es posible buscar á Dios sino por los medios que exige el mismo Dios. Y cuáles son estos medios sino los indicados por su misma Providencia, cuyo sentimiento llevamos gravado en nuestro mismo corazón? Por qué no escuchamos los movimientos é inspiraciones que nos causa y á los que las más veces somos torpemente insensibles? Pues qué no tenemos sobrados motivos para conocer que somos flacos, pobres y miserables, impotentes para labrarnos la dicha que anhelamos? No tenemos luz bastante para ver las tinieblas y conocer los errores que oscurecen nues-

tra razon, los extravios que vacian nuestro juicio, las pasiones que desordenan los mas rectos instintos, el pecado y los crímenes que quitan y manchan nuestra inocencia, los males que por todas partes nos rodean, los trabajos que nos debilitan, los peligros que nos amenazan, las contrariedades que nos humillan, las adversidades que nos descorazonan? Pues qué no tenemos ojos para ver y criterio humano para conocer que todos nacemos llorando, que vivimos para el dolor y que morimos entre gemidos y angustias? Pues qué no podemos conocer que la vida es fugaz como la sombra, que toda ella es un continuo tejido de desdichas, que siempre llevamos un ay en el corazon, que vivimos en una constante zozobra luchando siempre entre temores y esperanzas? No es menester cerrar los ojos á la razon para dejar de conocer por una dolorosa experiencia, que por una ligera ventaja, por alguna pequeña y pasajera dicha, por algun breve período de salud, de contento y tranquilidad nos pasamos otros infinitos de contratiempos y desgracias, de amarguras y descalabros, de turbulencia, agitaciones y enfermedades? Oh, queridos nuestros, todo esto es muy cierto por mas triste que nos sea, todo esto es innegable y nos lo presenta la historia de la vida por mas dolores que sus estragos nos causen, y todo esto debiera tener presente el hombre por mas que le cause estremecimiento y horror, por grande que sea la pena que le aflija, y por mas olvidado que se crea de este angustioso cuadro que la vida ofrece. Y si el hombre es realmente tan pobre y miserable, si nuestra condicion humana es un conjunto de ansiedades y trabajos, no deci-

mos bien que para convertirnos á Dios es menester que lo hagamos por medio de la mortificacion y penitencia? No debemos hoy levantar nuestra voz como la voz santa de la Iglesia imponiendonos el severo precepto de buscar en nuestros corazones á Dios único alivio y consuelo de todas nuestras necesidades? Y no debemos en vista de estas verdades, que todos sentimos y todos confesamos, acudir á la misericordia del Señor, que es grande para oirnos y mas grande para perdonarnos? No debemos recordar con tan justo motivo el clamor antiguo de los Profetas, que debe ser y no puede menos de ser el clamor del mundo entero, convirtiendo nuestros corazones á Dios, renovándonos en el hábito, en el cilicio y la ceniza? Y por qué no lo hacemos? Qué cosa podrá retardarlo teniendo por una parte la necesidad que nos estrecha, el deber que nos llama, y por la otra la voz del Señor que nos convida y su gran misericordia que nos ofrece toda seguridad y confianza? Por qué pues no lo hacemos? Ah, queridos de nuestra alma, porque el corazon del hombre es tan soberbio como impotente, porque es tan ingrato como miserable, y porque se olvida voluntaria y facilmente de lo que siempre debiera tener á su vista. Porque el corazon del hombre escucha mejor y se deja seducir por los alhagos de su extraviado juicio que por las severas prescripciones de su deber; por obedecer ciego el empuje de sus desordenadas pasiones á las que hasta les pesan, sino son odiosos, los llamamientos de su Dios.

Oh soberbia humana, y que estrechísima cuenta debieran exigirte las innumerables victimas que has causado! Oh

pasion funesta que corroe las entrañas del mundo, que conviertes en una pura amargura todas las delicias con que pudiste fascinarle, que llenas de confusion y vergüenza aun aquellas sugerencias que inspirabas con mayor dulzura! Oh, soberbia del hombre, cuan horrible es tu desdichada historia! Sí, amados nuestros, la soberbia, esa planta maléfica, cuyas raices corrompidas se estienden por todo el mundo, que se disfraza de mil maneras, y cuyo venenoso fruto es comun á todas las generaciones y todos los tiempos, es el obstáculo de mas difícil vencimiento para convertirnos á nuestro Dios, es el dique infernal que presentan todas las pasiones revueltas para salir al encuentro de las escitaciones de la ley y de los estímulos del deber, de las inspiraciones de la gracia y hasta de los auxilios de la misericordia del mismo Dios. Si el corazon humano conservase y supiese apreciar el debido conocimiento de su propia miseria, si poseyese en parte siquiera la virtud de la humildad, de esa joya inestimable del órden moral, gérmen fecundo de la felicidad de la tierra; si el hombre, repetimos, tuviese al menos algun destello de este inefable auxilio, de este poderoso consuelo, ciertamente que accedería gustoso á los llamamientos de su Dios, ciertamente se prestaría y apresuraria á buscarle con aquella docilidad y entusiasmo que son prenda segura de su voluntad y provechosa decision.

Para que asi sea, la Iglesia Santa nos manda predicar su divina palabra como palabra de refugio y de consuelo. Nos dice como el Sto. Apostol á su discípulo que instemos oportuna é importunamente que arguyamos, reprendamos en toda pa-

ciencia y doctrina para que al esfuerzo de tantas y repetidas amonestaciones el corazon del hombre se despierte del sueño de muerte en que está sumergido. Y para prepararlo con mayor facilidad y condiciones de buen éxito empieza la mistica y saludable significacion de sus presentes misterios con la lúgubre y edificante ceremonia de ponerle la ceniza en su cabeza diciéndole con la voz aterradora de aquel que ha de juzgarnos. Acuérdate hombre que eres polvo, y en polvo te has de convertir. Acuérdate que tu miserable origen es un poco de lodo de la tierra deleznable y poco subsistente, fácil para desaparecer al soplo menos violento. Sublime enseñanza, queridos nuestros, terrible sentencia que no podrá eludir jamás todo el esfuerzo junto de la soberbia de la tierra. ¡Oh, hombre, mira lo que eres, considera tu origen, mira cuál fué tu cuna y donde pueden hallarse los fundamentos de tu soberbia! Si al menor soplo tu vida desaparece, si tu ser es un compuesto de corrupcion y las sombras de la muerte te rodean por todas partes, por qué quieres levantarte sobre tu misma impotencia que debiera humillarte y confundirte? Donde están tus blasones, tus timbres y excelencias que tan neciamente te exaltan y pretenden encumbrar para caer desde mayor altura? Acuérdate que eres polvo y en polvo te has de convertir, y que esta provechosa idea podrá ser el áncora de tu salvacion convirtiéndote á tu Dios que es clemente y muy misericordioso para compadecerte, ayudarte y salvarte.

Teneis ya brevemente expuesto el solícito pensamiento de nuestra Santa Madre la Iglesia en los presentes dias de

cuaresma. Quiera el Señor por su infinita misericordia que no sean estériles en nosotros sus cariñosos llamamientos y que la penitencia y el trabajo, las mortificaciones y abstinencia, el cilicio y la ceniza, la oración y las súplicas sean las señales evidentes de que nos convertimos al Señor Dios nuestro de todo corazón en el ayuno con el llanto y los gemidos. Y si este deber, respetables cooperadores en el santo ministerio, si este deber á todos comprende y á nadie excluye de la numerosa familia cristiana, cuanto más deberá pesar sobre nosotros cuya misión indeclinable abraza el estudio de la perfección de nosotros mismos y la solicitud por nuestros hijos y hermanos en nuestro Señor? Si por nosotros y por ellos, como dice el Santo Apóstol, somos constituidos en aquellas cosas que se refieren á Dios para ofrecerle sacrificios, primero por nuestros pecados y después por los del pueblo, para que pueda condolerse de todos los que le necesitan, si hemos de pedir y alcanzar misericordia y perdón para las almas que nos están confiadas, cuanta deberá ser nuestra solicitud y nuestro celo, nuestra vigilancia y oraciones por ello? Oremos, pues, y pidamos sin cesar; y si nuestras súplicas y oraciones han de corresponder á nuestras necesidades y nuestras faltas, oremos y pidamos sin cesar porque aquellas, por desgracia, por todas partes se multiplican y nos cercan. Y en el mayor fervor de nuestras oraciones fijemos nuestra atención en el estado tan combatido que hoy se encuentra nuestra Santa Madre Iglesia, fijémonos en su santa Cabeza Vicario de Jesucristo en la tierra, en aquel respetable anciano cargado de años

y de infortunios, sitiado por las exigencias arrebatadas de una época conocida-mente injusta, lleno de tribulaciones y angustias, resistiendo el empuje contrario de mil pasiones turbulentas y siendo para todos el oráculo de nuestras verdades, el modelo más acabado en el sufrimiento y el tipo de la providencia, sobre el que se ven marcados los designios y favores del cielo.

También debemos tener presente en el fervor de nuestra oración al Episcopado católico, á esos varones designados por la providencia de Dios, á los que el Espíritu Santo puso para regir y gobernar sus Iglesias, que unidos al que es centro común de la inquebrantable fe que sus corazones profesan, sufren y devoran tantos sinsabores y amarguras como les ofrecen los tristes y luctuosos días que todos atravesamos.

Hagamos igualmente memoria al Clero Católico hoy tan desvalido, de esa clase escogida, siempre digna de toda consideración y de mejor suerte que inseparablemente unidos á sus propios Prelados y formando todos el ordenado cuerpo místico de Jesucristo sujetos á su universal Pastor Cabeza visible de su Iglesia, sufren toda clase de privaciones y adversidades; cuya santa resignación, hija solamente del sentimiento católico, los hace merecedores de otra recompensa, así como de general alabanza y justa admiración.

Y finalmente, pidamos por todo el pueblo cristiano, que conserve pura y sin mezcla de error la fe que les enseña la Santa Iglesia, custodio permanente de nuestras infalibles creencias, maestra universal del mundo, para que abriendo los

ojos cerrados por las pasiones, vea la luz del sol de justicia y de nuestra reparación, y que se convierta y camine sin desviarse por los senderos de su Dios. Y pidamos por el mundo entero! Si, queridos nuestros, por el mundo entero que hoy parece que vive de la fascinación y del engaño; pidamos remedio para el corazón del mundo enfermo y corrompido por tantos extravíos como nos ofrece su triste presente historia, pidamos con todas las veras de nuestro corazón, con las lágrimas del más íntimo dolor porque la misericordia del Señor envíe al mundo el remedio que necesita para sus tremendos males, porque el criterio humano parece no distinguir ya la luz de su Dios, y los hombres se han declarado ya impotentes de labrar la felicidad á que aspiramos.

Abrigamos la justa confianza que nuestro laborioso y respetable clero recibirá gustoso estas nuestras reflexiones que son el eco religioso de nuestro común sentimiento y que con asiduidad realmente cristiana se ocupará sin descanso en todas las tareas y ocupaciones útiles de su santo ministerio, enseñando al pueblo con la doctrina y la obra la ley del Señor que tantos consuelos proporciona á los corazones que se le han de convertir. Esperamos también que con edificante celo darán testimonio de las virtudes cristianas que les adornan y que el pueblo fiel comprenda con el ejemplo de los ministros del Dios que todos veneramos, que los días de la Santa cuaresma son días de salud y retiro, de recogimiento y silencio, de meditación y de súplicas, y de oración para obtener las gracias y bendiciones que no pueden descender sino del cielo.

Sea para el caso asidua y fervorosa su

asistencia al templo y sus divinos oficios, á todas las piadosas prácticas acostumbradas ó que sean convenientes á este Santo objeto; y que nada, por último, se omita, ni descaiga jamás el eficaz espíritu de corazones cristianos respondiendo á los santos deberes inseparables del Clero Católico.

Y para que más fácilmente puedan cumplirlo con el auxilio del Señor, y para mayor utilidad del pueblo fiel, les concedemos las mismas facultades y en los mismos términos que les venimos concediendo en los años anteriores, y además hemos dispuesto se acompañe á estas nuestras letras Pastorales la última constitución apostólica que Ntro. Smo. Padre P. Pio IX ha expedido sobre censuras y reservas para que sus disposiciones sirvan de norma á todos los confesores ateniéndose á ellas, pero sin perjuicio y quedando vigentes todas las facultades y las gracias contenidas en la Bula de la Santa Cruzada, de cuyos especiales privilegios continuamos gozando.

Pidamos siempre la santa gracia del Señor, y con ella todo nos será posible.

Y recibid la bendición de lo íntimo de nuestro corazón, que os damos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, amen.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Orihuela á 11 de Febrero 1872.—*Pedro María, Obispo de Orihuela.*—Por mand.^o de S. E. I. obispo mi Sr., *Dr. D. Indalecio Ferrando*, canónigo magistral, secretario.

LOS FRAILES DE FILIPINAS.

Merecen ser leídas y meditadas las si-

guientes líneas que escribe un periódico de Madrid.

Está hablando de los desórdenes ocurridos ha poco en Filipinas, y al querer indagar sus causas, obligado por la fuerza irresistible de la verdad, dice:

«Allá los frailes son el elemento mas sólido, el medio único de gobierno que nuestra patria tiene.

«Los frailes han civilizado, han ilustrado á aquellos indigenas, les han hecho amar y respetar á nuestra patria; en una palabra, ellos solos han hecho mas para asegurar el poder de España, que hubiera hecho nunca un ejército de tropas regularizadas.

«Islas enteras han sido conquistadas para nuestra patria por los frailes. Arrostrando el martirio y los horrores de un clima mal sano; al fin, con la fuerza del Evangelio, su mansedumbre y abnegacion inconcebibles, han logrado estos virtuosos religiosos implantar en ellas, respetado y respetable, el pabellon español.

«Si en las Filipinas hay ilustracion, los frailes la han difundido; si los indigenas se han civilizado, á ellos exclusivamente se debe; si allí ha dominado siempre en paz nuestra patria, á ellos tenemos que agradecerlo.

Y sin embargo de todo esto, y cuando hay multitud de islas en cuyo interior nadie mas que los misioneros han penetrado todavía, islas que aquellos religiosos están preparando para que mañana vengán á aumentar con sus riquezas las de España y con su cultura y la prosperidad de su comercio lleguen á ser ricos y envidiados florones de la corona de Castilla, no han faltado hombres que desde el poder se han atrevido á disputar á los frailes de Filipinas su influencia, secularizando la enseñanza y dando á luz una série de disposiciones tan absurdas como imprudentes.

«Esto ya no puede calificarse de amor por la democracia, sino de manifestaciones de un delirio sin nombre, de una locura sin ejemplo.»

Visita de la Corte de María en la presente semana.

Dia 2.—La Inmaculada Concepcion de Maria, en S. Nicolás y Sta. María.

Dia 3.—Ntra. Sra. de la Soledad, en Santa María y las Monjas Agustinas.

Dia 4.—Ntra. Sra. del Sufragio, en Sta. María.

Dia 5.—Ntra. Sra. del Populo, en San Nicolás.

Dia 6.—Ntra. Sra. de los Remedios, en San Nicolás.

Dia 7.—Ntra. Sra. de los Dolores, en San Nicolás, en el Cármen y en Santa María.

Dia 8.—Ntra. Sra. de los Angeles, en San Nicolás.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve y cuarto con sermón que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral. Por la tarde á las cuatro predicará el licenciado D. Francisco Penalva, Abad. En Santa María á las nueve, misa mayor en la que predicará D. Antonio Llofriu, pbro. En Nuestra Sra. de Gracia misa de renovacion á las ocho y predicará D. Francisco J. de Guimbeu, vicario de la misma.

Mártres.—En las Agustinas misa de renovacion á las ocho, y por la tarde á las tres y media, meditacion y sermón que dirá D. José Juliá, capellan de la misma Iglesia.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion á las siete menos cuarto, y por la tarde á las tres y media, sermón que predicará D. Vicente Morell, teniente cura de la Colegial.

El Viernes, en Sta. María, á las cinco de la tarde predicará el referido don Antonio Llofriu.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las ocho.